

Fiesta de la Raza, 1922

Al levantarse a hablar el Sr. Unamuno, es saludado con una tempestad de aplausos

«Es la primera vez que tomo parte en esta fiesta a la que, por mandato o acuerdo oficial se la nombra la Fiesta de la Raza, y naturalmente la primera pregunta que uno se tiene que hacer, que una persona de criterio se tiene que hacer, es la siguiente:

¿Qué es la Raza...?

Hay un concepto material de la raza, que cada vez resulta menos claro, y otro concepto, espiritual, que resulta, desde luego, mucho más claro.

Lo único central en el concepto de la raza, es la lengua con todo lo que lleva dentro de sí.

Y refiriéndonos a la América de lengua española, hemos de corregir diciendo: que es mejor decir sólo de lengua, que ya lleva dentro de sí algo del espíritu.

En cuanto a todo eso de llamar madre a España de las repúblicas, sud-americanas, es preferible decir hermanas simplemente, y dejarnos de primacías y maternidades.

Esto tiene sus quiebras, como en el caso de uno que se lamentaba de la emancipación de nuestras colonias y decía:

— ¡Ingratos, hacer eso con nosotros que les hemos descubierto y civilizado!

-- ¿Civilizarlos?

— Yo, no!

— Nuestros abuelos, quiero decir.

— Los de ellos, amigo, los de ellos.

El Sr. Unamuno continúa haciendo historia y habla de las cartas de Santa Teresa a Lorenzo de Cepeda, que tantos beneficios trajo a España desde el Perú, donde quizás queden aún algunas ramas de esta familia.

Dice que al lado de los retratos de sus abuelos verdaderos daguerreotipos de saya y pelo empolvado existían como resultados del viaje de su padre a América las de Abraham Lincoln y Benito Juárez, que detestó a su patria contra la invasión de las tropas de Maximiliano de Habsburgo.

Al representar la raza del espíritu hay que recordar fervorosamente los nombres que ilustraron el *génesis* de América, Simón Bolívar, Sucre, Hidalgo, Belgrano, San Martín, con otros tantos nombres gloriosos en la historia de América.

Y más cerca de nosotros aún hay que reunir altos espíritus y cerebros genuinamente americanos.

José Martí, muerto desgraciada-

mente en la isla de Cuba, por el cual no corría ni una sola gota de sangre europea, y el indio José Rizal, uno de los hombres más nobles y valientes que han existido.

A continuación, D. Miguel lee magistralmente, como sólo él sabe hacerlo, los últimos versos de Rizal, compuestos en capilla, momentos antes de ser fusilado en la plaza de la Luneta, en Manila.

Y a propósito de esto, prosigue el señor Unamuno, he de recordar que en el centenario de Juan Calvino, en Ginebra, el comité calvinista, de esta ciudad, tributó un homenaje al español Miguel Servet, como expiación al suplicio que recibió, no más infame que el de Rizal, alegando como justificante de la culpa al siglo en que vivió nuestro desgraciado compatriota.

Aquí conviene también hacer algún acto de expiación, pues los casos como éste se han repetido con frecuencia.

Todos habéis oído hablar de Domingo Faustino Sarmiento, y respecto a lo que se asegura de que hablaba mal de España, lo cierto es que sí hablaba mal lo hacía en español, y en un español muy castizo, por cierto; a las habladurías de los de casa no hay que darlas importancia; son confianzas que son permitidas en el seno de la familia.

Y de sus sentimientos y de su manera de pensar, dan idea los dos párrafos del discurso que pronunció el 24 de Septiembre de 1873, siendo presidente de la República Argentina sobre las banderas de aquel país que son de color celeste y blanco, de la casa de Borbón, como la bandera española tiene los de Aragón.

El Sr. Unamuno lee dos párrafos alusivos que a continuación insertamos:

«Las fajas celeste y blanca son el símbolo de la soberanía de los reyes españoles sobre los dominios, no de España, sino de la Corona, que se extendían a Flandes, a Nápoles, a las Indias, y de esa bandera real hicieron nuestros padres divisa y escarapela el 26 de Mayo, para mostrar que del pecho de un Rey cautivo tomábamos nuestra propia soberanía como pueblo que no dependió del Consejo de Castilla, ni, de ahí adelante, del disuelto Consejo de Indias.»

«Debemos a España la sangre que corre en nuestras venas, y cuando la desgracia aflige a sus hijos, podemos pagar las de sus héroes, los Solís, los Ayolas, los Izala, los Garay, que se sacrificaron por fundar estos pueblos. Habrá patria y tierra, libertad y trabajo para los españoles cuando, en masa, vengan a pedirnosla como una deuda.

Se ha hablado mucho del testamento de doña Isabel la Católica, que hubiera tenido tal vez mucha eficacia sino hubiera muerto en Salamanca el príncipe don Juan, hijo de los Reyes católicos.»

Y sabéis que idea tienen de nosotros en América del Sur, en los pequeños lugares de la frontera del Paraguay de Bolivia, formados exclusivamente de indios y de gachos y lo que representa para ellos Salamanca...?

Pues Salamanca equivale a una cueva de hechicería y de nigromancia, donde se hacen pactos con *Zit-puy* que es el demonio...

Y, efectivamente, cerca de Salamanca todavía, al venir yo aquí, no quiero acordarme cuántos años hace, se me enseñaba el sitio en donde habían estado situadas.

Y Cervantes, así lo corrobora en la lápida que existe en la fachada misma de esta Universidad:

Salamanca que enhechiza la voluntad, etc.

Y en aquello otro de

«A los que viven en ella ninguna cosa les manca viva, pues, eternos años la cueva de Salamanca...»

Entendámonos..... La ciudad..... ¡sil..... Las cuevas..... ¡no!

La cueva la constituyen una raza apegada al terreno, donde habitan los espíritus *cavernarios* y *troglo-ditas*; pero hay la raza de la ciudad, que no tiene que ver nada con la raza de la sangre...

Así, por ejemplo, las cuevas de Altamira son los lugares que habitaron

los indígenas... Cuando yo era chico y leía a Julio Verne, un indígena era para mí algo más terrible que un salvaje...

¡Después, la práctica me ha enseñado que, efectivamente, el indígena es un perfecto salvaje!

¡Viva la ciudad y muera la cueva! Es decir: ¡Hágase la ciudad y deshágase la cueva! La raza de la cueva es la apegada al terreno. La de la ciudad es la que vive del espíritu.

Y esto es lo que tenía que decir; y he dicho.

Una prolongada y nutrida ovación corona el anterior discurso de don Miguel, que como todos los suyos, ha sido interesantísimo por todos conceptos.



13-X-1922

El Abogado 1175